

cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derrriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar, y revista los campamentos sobre un soberbio corcel, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajacion del clero y hace cejar la corte pontificia en su sistema de invasion y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside Cortes y tambien celebra y preside torneos, vigila la educacion del pueblo y cuida de la educacion de los príncipes, se ejercita en labores de mano bajo el techo doméstico y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.»

Nuestros lectores han visto si el erudito historiador de quien es el anterior describe, estuvo en lo justo al hacerla, comparándola con lo que hemos dicho en el cuerpo de nuestra obra al ocuparnos del portentoso reinado de Isabel.

Florece las letras bajo su benéfico influjo, juriconsultos y literatos brillan alentados por su soberana y hasta el descubrimiento de la imprenta viene á coincidir con este reinado tan fecundo, para dejar consignados los grandes hechos de él.

La toma de Granada, ocurrida en enero de 1492, puso término á la dominacion agarena en España, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, llevado á cabo por el ilustre genovés Cristóbal Colon, vino á hacer verdaderamente colosal la herencia que los Reyes Católicos habian de legar á sus sucesores.

Por el enlace de su hija la princesa Juana con el archiduque Felipe el Hermoso de Austria, una nueva dinastía viene á sentarse en el sòlo español.

La falta de sucesion varonil en los Reyes Católicos, la prematura muerte de Felipe y la locura de su esposa Juana, llevan la corona de España á las sienes de Carlos de Austria, casi niño á la sazón, y fácilmente hubiera podido volver á destruirse, ó á quedar muy quebrantada por lo menos, aquella unidad nacional realizada á costa de tantos afanes, á no haber permanecido al frente del Gobierno hasta la llegada del nuevo Monarca, un varon tan eminente, tan enérgico y tan virtuoso como el insigne cardenal Giménez de Cisneros.

Con el entronizamiento de la casa de Austria, una nueva era comienza para España.

El reinado de los Reyes Católicos habia sido verdaderamente español, mientras que el reinado de Carlos I fué más austriaco.

La institucion de los ejércitos permanentes la encontró y Carlos V realizada, y hemos de confesar que de este poder supo hacer perfectamente la última razon de los reyes.

No era por cierto acreedor el cardenal Cisneros, á quien realmente debia Carlos el sostenimiento del reino, á la desdenosa y fria carta que el desagradecido Monarca le dirigiera á su llegada á España, carta que tanta influencia ejerció en la muerte de aquel insigne varon.

Lógico era presumir que quien comenzaba siendo desagradecido con la persona que tan leal se le mostrara, no supiera apreciar tan poco ni el carácter del pueblo que iba á regir, ni los recuerdos que habian dejado sus ilustres abuelos.

Y el resultado no tardó mucho en dejarse sentir.

Rodeado de flamencos constantemente, el pueblo español manifestó primero su disgusto, trocóse más tarde en enojo el disgusto primitivo, siguió la exasperacion despues y acabó por convertirse en armada rebelion lo que comenzara siendo ligera inquietud.

Las comunidades de Castilla, más justas en la causa que motivó su alzamiento que prudentes en el modo de llevarle á cabo, fueron la última protesta de un pueblo que reclamaba fueros y libertades que justamente habia ganado.

En los campos de Villalar sucumbieron las libertades castellanas, y á partir de aquel momento las Cortes quedan reducidas á una mera fórmula.

Uniendo Carlos I de España á la vasta corona de esta monarquía la del imperio de Austria, encuéntrase Carlos frente á frente con los eminentes monarcas que regian los demas estados de Europa, y sin embargo, ni Francisco I de Francia, ni Enrique VIII de Inglaterra, ni Soliman II de Turquía, ni el pontífice Leon X, fueron suficientes á oscurecer en lo más mínimo el nombre del Emperador-rey.

El primer monarca de la casa de Austria era una especie de coloso fundido únicamente para la guerra, y desde el momento que no pudo sostenerlas, apresuróse á retirarse á un monasterio, dando ejemplo con esto, no sabemos si de verdadera humildad ó si de despecho al ver que su flaca naturaleza no podia ya soportar aquellas fatigas á que habia permanecido entregado durante tantos años, y á las cuales habia debido tan considerable cosecha de gloriosos laureles.

En una mezquina celda se recoge el que habia encontrado pequeño el mundo para sostener su grandeza, y su hijo Felipe II, recogiendo la colosal herencia de su padre, aun cuando ya desmembrada del imperio, marca otra época totalmente distinta de la que con Carlos se habia inaugurado.

Uno y otro, Carlos y Felipe, son las dos grandes figuras del siglo XVI, y sin embargo, uno y otro imprimen á la parte del siglo en que viven, una fisonomía totalmente distinta.

Ni en carácter, ni en sentimientos, ni aún en empresas, se parecen el padre y el hijo.

Y no obstante, los dos tuvieron un gran talento, los dos estaban dotados de una penetracion extraordinaria y los dos tambien abrigaban idénticos designios.

Pero en la política y en los medios de realizar aquéllos, difieren de un modo notable.

Carlos era más flamenco que español, y por eso habia disgustado á éstos al complacer á sus compatriotas.

Felipe, siendo más español que flamenco, disgustó á éstos sin acertar á captarse las simpatías de aquéllos.

A la política de la espada, representada por Carlos, sucedió la política de gabinete, llevada hasta la perfeccion por Felipe, y mientras que el padre procuraba asistir personalmente á todas las asambleas de Europa, el hijo daba instrucciones á todos sus embajadores, se hallaba al frente de la diplomacia de su tiempo, y, como dice muy bien un historiador, sabia más que todos los diplomáticos juntos.

Distintas son las opiniones formadas respecto al hijo del Emperador, pero desde luego nosotros reconocemos en él todas las cualidades de un gran político, sintiendo positivamente no poder reconocerle tambien todas las dotes necesarias para ser digno de la general estimacion.

La gran ciencia de Felipe II consistía, segun nuestra opinion, en saber ocultar de tal manera sus impresiones y sus afectos, que nadie, absolutamente nadie, pudiera conocer por la expresion de su rostro lo que en su corazon pasaba.

De aqui, que ni el triunfo de Lepanto ni el desastre de la Invencible arrancaran de sus labios frase alguna que revelase ni la amargura ocasionada por la pérdida de la una, ni el placer producido por la victoria del otro.

Todo el reinado de este Monarca, ó mejor dicho, los actos más importantes de él, permanecen profundamente envueltos en las sombras del misterio, y lo mismo Montigny, que Escobedo, que el príncipe de Orange, que Antonio Pérez y que el príncipe Carlos, son figuras que permanecen y creemos que permanecerán envueltas en una nube que impide conocer detalladamente las causas que determinaron su ruina.

La grandeza de España, es verdad que en el reinado de Felipe II llegó á su apogeo, pero en esta grandeza encontramos mucho más de aparente que de verdadero.

Era la armadura de un gigante el poder español, pero no más que la armadura; en los reinados sucesivos, aquel cuerpo extenuado ya no podia dar de sí más que calamidades y humillaciones sin cuento.

El desarrollo intelectual, á pesar del fragor de las batallas en el reinado de Carlos, y de hallarse comprimido por la Inquisicion en el de su hijo, habia sido extraordinario, y lo mismo las bellas artes que las bellas letras dieron un gran paso, haciendo augurar mayores días de gloria para los reinados subsiguientes.

Con la muerte de Felipe II, la casa de Austria decae de una manera harto lastimosa.

Segun la feliz expresion de un historiador moderno «Carlos V habia sido general y rey; Felipe II fué solo rey; Felipe III y Felipe IV no supieron ser reyes, y Carlos II ni siquiera fué hombre.»

Y efectivamente, apenas bastaron dos siglos para que la vigorosa dinastía del Rey-emperador degenerase hasta el punto en que la vemos en su descendiente Carlos II.

Dominado por favoritos ineptos y orgullosos, conculcado contra España el odio de las demas naciones, como triste herencia de la preponderancia que sobre ellas habia ejercido la espada del Emperador y la diplomacia del fundador del Escorial, ninguno de aquellos ministros tuvieron talla suficiente para medirse con los diplomáticos extranjeros, y poco á poco fuimos perdiendo cuanto poseiamos en Italia y en Flandes.

Portugal volvió á recobrar su independencia, desastrosas guerras nos arrebataron la flor de nuestros soldados, la desacertada expulsion de los moriscos destruyó inmensos gérmenes de riqueza de nuestro país, y á la muerte de Carlos II nos encontramos con una poblacion excesivamente reducida, desgarnecidas nuestras más importantes plazas, nuestra marina de guerra reducida á unos cuantos buques inservibles, y por todo ejército, algunos millares de soldados mal vestidos y peor armados.

Tal fué la España que, en virtud del testamento de Carlos II, vino á regir Felipe de Anjou, quinto de este nombre en la cronología de los monarcas españoles.

La famosa frase de Luis XIV «Desde este instante ya no hay Pirineos,» aludiendo á la elevacion de su nieto al trono español, fué un terrible reto lanzado á las grandes potencias, que se apresuraron á aceptarle, y que sembró de cadáveres y cubrió de sangre el suelo de la nueva monarquía de la casa de Borbon.

El archiduque Carlos de Austria presentóse como candidato al trono; ayúdame las grandes potencias, y Felipe V tiene que luchar contra los españoles partidarios de la casa de Austria, contra los ejércitos holandeses, ingleses y alemanes, y con la misma animadversion que le suscita la absorbente política y las egoístas miras de su abuelo el rey de Francia.

Pero Felipe ha conocido perfectamente el carácter de su nuevo pueblo; éste le ha recibido cariñosamente, su joven esposa se ha hecho objeto de las mayores simpatías, y el primer Borbon jura no salir de España sino muerto, y el pueblo á su vez jura hacer

todos los sacrificios imaginables para impedir que esto suceda.

Y se improvisan ejércitos, y se crea marina, y se fortifican las plazas, y se combate y se prolonga la lucha durante largos años, pero finalmente la paz de Utrech pone término á la sangrienta guerra de Sucesion, y la dinastía borbónica queda asegurada en el trono de España.

Es verdad que esta paz arrojaba una mancha sobre el glorioso manto español, mancha que no podemos contemplar, á pesar del tiempo transcurrido, sin que el rubor empañe nuestro rostro; pero los ingleses no quisieron restituir á Gibraltar, y no hubo más remedio que ceder, para conseguir la paz.

Emancipado Felipe de la especie de tutela á que quería tenerle sujeto el Gabinete de Versalles, vemos ya, al realizar sus segundas nupcias con la princesa de Parma, tomar á la política un rumbo totalmente distinto.

Julio Alberoni y Riperdá, el gran revolvedor del mundo, como califica Lafuente al primero, y el loco, que no carecia de conocimientos, como llama al segundo, son indudablemente dos grandes figuras que desempeñan un importantísimo papel en esta segunda época del reinado de Felipe.

El cambio de dinastía no pudo ser más favorable para los intereses de España. El ejército, reducido á la última expresion en tiempo de Carlos II, se reorganiza hasta el punto de que el Monarca español pudiera presentar á la Europa al terminar la guerra de Sucesion ciento veinte batallones y ciento tres escuadrones agueridos y disciplinados; igual impulso recibe la marina, que llega á contar veinte navios de guerra con trescientos cuarenta buques de transporte y treinta mil hombres de desembarco; renacen la industria y el comercio, gracias á medidas que, atendiendo á la época en que se dictaban, no podemos menos de calificar de acertadas, y se hacen esfuerzos, si no coronados del mejor éxito, indicadores por lo menos de buena intencion con el fin de reorganizar la Hacienda.

Ya en otra parte hemos dicho el diferente carácter que comenzó á afectar la Inquisicion con el advenimiento de los Borbones y el verdadero renacimiento científico y literario que produjo, combinado con otros, este hecho; por lo tanto, no volveremos á insistir sobre este punto.

El pacífico reinado de Fernando VI preparó el brillante de Carlos III, de ese Monarca que, como dice un notable historiador, inauguró su entrada en España restituyendo fueros y condonando deudas y dando á conocer bien pronto al genio benéfico de Nápoles, que venia á fecundar su suelo patrio.

Ni puede haber más que alabanzas para la política interior de Carlos III, ni puede merecer sino censuras su política exterior.

Debióse á la primera el quebrantamiento del poder inquisitorial, la reivindicacion de los derechos del Estado desconocidos por la Iglesia, la creacion de las Sociedades económicas de Amigos del País, el progreso de las ciencias, de las artes, de la administracion, de la legislacion, de la educacion pública.

A la política exterior de tan gran Monarca debióse el funesto Pacto de familia, el desastre del Cabo de San Vicente, golpe mortal para la marina española, y la distraccion en guerras inútiles, de considerables sumas que hubieran llevado sin duda á su apogeo el bienestar del país. Ni la parcial ventaja conseguida en lo alto de las Azores, ni la recuperacion de la isla de Menorca con ser tan importante, ni el cambio de conducta del Monarca, verificado en sus últimos años y en la política extranjera, cambio que por la circunspeccion, firmeza y aplomo con que fué sostenido, causó la admiracion de Europa y valió á Carlos III el ser elegido por las naciones para árbitro mediador en sus diferencias; nada de esto, en fin, pudo cicatrizar las heridas que habia abierto un proceder poco meditado.

Fatal fué el reverso de la medalla que tan brillante hemos presentado en el reinado anterior.

A Carlos III sucede su hijo Carlos IV, y la debilidad del Monarca y el rápido encumbramiento de D. Manuel Godoy, produjeron vergonzosas escenas en el hogar doméstico, humillantes declaraciones á la faz del pueblo y vergonzosos tratados con extranjeras naciones.

Situacion difícil por cierto era la que atravesaba Europa en los momentos en que empuñó las riendas del gobierno el sucesor de Carlos III, y el que no sabia ser jefe de familia en el interior de su casa, difícilmente podría mostrarse ante la general conflagracion europea á la verdadera altura de las circunstancias.

La revolucion francesa, derribando del trono á Luis XVI, habia hecho sentir los efectos de su sacudimiento á todas las naciones, y el Borbon español, pariente del Borbon frances, alzó su voz en defensa del prisionero del Temple, voz que, si no fué oída por el tribunal revolucionario, en cambio nos produjo una guerra, en la cual no quedó por cierto la victoria por nosotros.

La paz de Basilea, que nos costó la cesion de la parte española de Santo Domingo, fué la consecuencia de aquellos desastres, y D. Manuel Godoy recibe el título de príncipe de la Paz, hija de una guerra provocada por él.

Tras esto viene el tratado de San Ildefonso; la España que ha peleado antes contra los ejércitos revolucionarios, hácese aliada de la república francesa, y una nueva derrota y la cesion de la isla de Trinidad fué todo lo que sacamos de la famosa paz de Amiens.

Todos estos sucesos no fueron más que los preludios del glorioso desastre de Trafalgar.

Allí acabó de hundirse nuestra marina cual antes parecia haberse hundido tambien nuestra dignidad nacional; y como que una vez colocado un pueblo en resbaladiza pendiente, la recorre toda sin detenerse un punto, la España de Carlos IV, de desacierto no salir de España sino muerto, y el pueblo á su vez jura hacer

daloso proceso del Escorial, á la abdicacion de Aranjuez, á las indignas complacencias con Napoleon, y finalmente, á provocar en el país una reaccion enérgica, grande y poderosa, demostrando así que cuando los monarcas se humillan y envilecen al extremo que llegaron Carlos IV y Fernando VII, toca á los pueblos reivindicar la dignidad ultrajada y el honor perdido, siquiera tengan para ello que hacer sacrificios como los que tuvo que hacer la España de 1808.

La guerra de la Independencia no sólo colocó á España en lugar eminente entre los pueblos más varoniles y esforzados, sino que fue un gran paso dado en el camino del progreso.

De aquella lucha, en que el comun peligro habia hecho unirse, codearse, tratarse y por lo tanto conocerse y apreciarse mejor, á todas las clases sociales, sacó la nacion, por ellas formadas, numerosas ventajas.

La nobleza y las personas ilustradas y pudientes se hicieron cargo de las necesidades del pueblo, y por eso los vemos no sólo apresurarse á satisfacerlas, sino llevar su celo hasta el extremo de traspasar los límites de lo conveniente, con el código, por lo menos, prematuro, de 1812.

El pueblo por su parte pudo tambien conocer la verdadera índole de las clases altas y el verdadero espíritu de las ilustradas, y hubo de convencerse de que ni unas ni otras eran sistemáticamente enemigas suyas, como acaso interesase á alguien pintárselas. Acaso á esto se debiera el que en los sucesivos y numerosos trastornos de que ha sido teatro nuestra nacion, no se manchase esta con los atroces crímenes que deslucieron la revolucion francesa y que hubieran bastado á deslucir otra mucha más gloriosa.

Parecia que al salir el pueblo de una tan terrible lucha como la de la Independencia, habia de quedar exhausto de fuerzas y animo únicamente de reposo; pero escrito está que ha de ser el siglo XIX el de la resolucion de los más grandes problemas, y por eso, apenas terminado el conflicto exterior, apenas resuelta la cuestion de nacionalidad y de independencia, planteóse la cuestion política, surgió el conflicto interior: la lucha entre el absolutismo y el régimen constitucional.

Si un monarca tan débil con los fuertes como cruel con los débiles, cual lo era Fernando VII, no se hubiera puesto de parte del absolutismo, la lucha entre éste y el sistema constitucional ni hubiera sido larga, ni su éxito hubiera sido un sólo instante dudoso.

Pero la doblez de Fernando, en cuya palabra no era posible creer, y su ingratitud para los que le habian conservado la corona de que tan débilmente se desprendiera, inclinó no pocas veces la balanza hacia el régimen absoluto é hizo perder casi por completo las esperanzas á los constitucionales.

Al fin estos vencieron y su triunfo se consolidó con el advenimiento al trono de Isabel II, y con el convenio de Vergara que puso término á una fratricida lucha de siete años.

En este punto hacemos alto, puesto que no podríamos hacer más que repetir lo que hemos dicho ya con la mayor concision posible acerca de los sucesos de más reciente fecha.

Por el anterior resumen, mejor aún por cuanto de sí arroja el cuerpo de nuestra obra, es fácil comprender y muy sencillo comprobar que en España la ley del progreso, que es ley de la historia, se ha cumplido del mismo modo que en las demas naciones.

Jugete primero de fenicios, de griegos y de cartagineses, esclava de los romanos, dominada luego por los godos, la invasion sarracena es como el crisol en que se funden tan distintos elementos para no quedar sino cristianos de un lado, infieles de otro. Primero é importante beneficio que á la causa de la nacionalidad española hacia la Religion.

Hasta aquel momento la civilizacion imperfecta de fenicios y griegos, la más adelantada, aunque tan poco completa de los cartagineses, habian ido abriendo camino por entre la barbarie de los aborígenes para quedar por último oscurecidas por la esplendorosa civilizacion romana.

De ésta, entre otros muchos beneficios, recibió España el municipio que tanto habia de encarnarse en sus costumbres, que habia de dar lugar á los fueros y privilegios de que tan orgullosa puede mostrarse y que no recibieron golpe mortal sino bajo el despotismo de los monarcas austriacos.

El principio de la Edad media se señala en España, como en todas partes, por un eclipse de la civilizacion.

La irrupcion de los bárbaros, á la vez que presta nueva savia al gastado árbol de la sociedad antigua, todo lo trastorna cuando no lo destruye todo, y ha de pasar tiempo y no poco, antes de que la civilizacion recobre su imperio y continúe marchando progresivamente.

Pero, ya lo hemos dicho, esta marcha progresiva constituye una ley por Dios impuesta á los pueblos que, por lo tanto, no puede dejar de cumplirse.

Siempre en toda conflagracion, en todo conflicto entre dos pueblos, la victoria será, en último término, del más civilizado, por más que aparentemente la suerte de las armas se ponga del lado de su contrario.

Los hispano-romanos fueron vencidos por los godos, pero merced á la condicion que arriba indicamos, supieron imponerse á ellos, y al poco tiempo se hubiera dicho que eran los vencedores.

La especial posicion de España en la extremidad Sudoeste de Europa y frente al continente africano, la hace ser teatro de la invasion sarracena que con la mision, al parecer, de destruirlo todo, verificó en realidad, como ya hemos dicho, la de dar, en virtud de la ley de la reaccion, á los distintos elementos de que se componia la España goda, la unidad de que carecia y que habia de permitirles en lo sucesivo acometer las más altas empresas.